

CUADERNOS ORKESTRA

01/2021

ISSN 2340-7638

COMPETITIVIDAD AL SERVICIO DEL BIENESTAR INCLUSIVO Y SOSTENIBLE

Mari Jose Aranguren Querejeta
Patricia Canto Farachala
Coordinadoras

Cuadernos Orkestra, núm. 01/2021

3 ¿QUÉ ENTENDEMOS POR COMPETITIVIDAD?

James, R. Wilson

Orkestra-Instituto Vasco de Competitividad, Universidad de Deusto

(Traducción de Patricia Canto Farachala)

3.1 Introducción

Este proyecto de investigación busca comprender la relación entre competitividad y bienestar inclusivo y sostenible. Si el bienestar inclusivo y sostenible es lo que las sociedades pretenden lograr, entonces, ¿cómo se relaciona eso con que sean competitivas, o que las personas, empresas e instituciones que las conforman sean competitivas? Para responder a esa pregunta, este capítulo reflexiona sobre lo que entendemos por el concepto de competitividad. Comienza explorando el significado de la palabra «competitividad» y luego analiza cómo esta se ha aplicado tradicionalmente en un contexto territorial. Un mensaje clave es que el lenguaje de la competitividad no es neutral, y esto supone un importante desafío cuando se intenta vincular la idea y la práctica de la competitividad territorial a conceptos que trascienden una dimensión puramente económica, como la inclusión, la sostenibilidad y el bienestar.

3.2 ¿Qué es la competitividad?

Un buen punto de partida para comprender el significado de competitividad es examinar su definición en el diccionario. El *Diccionario Cambridge* del idioma inglés ofrece dos definiciones de la palabra «competitividad»¹⁰:

- El hecho de que una persona quiera ganar o tener más éxito que otras personas.
- El hecho de poder competir exitosamente con otras compañías, países, organizaciones, etc.

Si bien estas dos definiciones están claramente relacionadas entre sí, aportan elementos diferentes a nuestra comprensión del significado de la palabra. El primero enfatiza un **sentimiento** o **emoción** subyacente: el deseo humano de ganar o ser más exitoso que otros, por ejemplo entre los atletas que compiten en una carrera o los candidatos que realizan una entrevista de trabajo. El segundo es más una definición operativa, centrada en la **capacidad revelada** de diferentes construcciones (empresa, país, organización) para competir entre sí.

Fundamental para ambas definiciones, y de hecho la característica definitoria de la palabra competitividad, es una dimensión de la relatividad: la competitividad consiste esencialmente en ser más exitoso que otros. Esta noción de relativo éxito puede aplicarse a diferentes unidades de análisis: personas, empresas, países u organizaciones. En la literatura sobre desarrollo económico, esto se refleja en una dicotomía en la que el análisis se ha centrado ya sea en la «competitividad empresarial» o en la «competitividad territorial», generalmente reconociendo un fuerte vínculo entre los dos conceptos.

Por lo tanto, siguiendo la descripción del diccionario, la competitividad empresarial se puede definir como la capacidad (y el deseo) de competir exitosamente con otras compañías, y la competitividad territorial se puede definir como la capacidad (y el deseo) de competir exitosamente con otros lugares (países, regiones, ciudades). Están vinculados por el hecho de que las empresas requieren ciertos elementos en su entorno

¹⁰ Véase: <https://dictionary.cambridge.org/dictionary/english/competitiveness>.

territorial para competir con éxito y los territorios dependen de las empresas que crean riqueza y proporcionan empleo para su propio éxito económico.

3.3 Acepciones más comunes de la competitividad territorial

Con el territorio como unidad de análisis, es particularmente interesante rastrear el uso y la comprensión del concepto de competitividad territorial. La competitividad de los territorios se ha discutido por lo menos desde *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, pero en los últimos treinta años su significado ha evolucionado, y su uso se ha intensificado de forma extraordinaria.

Antes de la década de los 90 del siglo pasado, el análisis de la competitividad territorial tenía una perspectiva macroeconómica centrada en el comercio a nivel nacional en la que la competitividad precio/coste de las exportaciones eran el factor más importante. Durante la década anterior comenzó a surgir un consenso en el sentido de que los costes desempeñaban un papel más limitado de lo que se había supuesto, y de que se debería hacer mayor hincapié en comprender el cambio tecnológico (Fagerberg, 1988; Dosi y Soete, 1988; Dosi *et al.*, 1990; OCDE, 1992; Godin, 2004). A dicha investigación se sumó la novedosa integración de Porter (1990) en el análisis de la competitividad nacional, de la teoría de la ventaja competitiva de las empresas. Ello allanó el camino para un cambio de enfoque, lo que hizo necesario comprender los fundamentos microeconómicos que explican por qué y cómo compiten entre sí las empresas ubicadas en diferentes territorios.

Esto se reflejó en la noción de «competitividad estructural» de la OCDE (1992) y en el muy influyente «diamante de competitividad» de Porter (1990). El marco de Porter se basa en el argumento central de que «el único concepto significativo de competitividad a nivel nacional es la productividad», específicamente la capacidad de «las empresas para alcanzar altos niveles de productividad y aumentar la productividad en el tiempo» (1990, p. 84). Porter argumenta que esta capacidad la determinan factores microeconómicos agrupados en un diamante de cuatro categorías: las condiciones de los factores, las condiciones de la demanda, el contexto para la estrategia y la rivalidad de las empresas, y las industrias relacionadas y de apoyo.

La popularidad del enfoque de Porter ayudó a acelerar el discurso sobre la competitividad territorial durante la década de los 90 (Bristow, 2005; Ketels, 2006; Huggins e Izushi, 2015), de modo que rápidamente se colocó en una posición dominante en el discurso político sobre el desarrollo económico. A este respecto, Godin (2004, pp. 1221-2) argumenta que «la década de los 80 fue una época en la que el Gobierno de los Estados Unidos se obsesionó con la competitividad internacional», y a mediados de la década de los 90, cuando la noción de competitividad nacional se convierte en un pilar de los debates de política económica en todo el mundo (Oughton, 1997), quedó claro que la obsesión se había extendido¹¹.

¹¹ Por ejemplo, el Gobierno del Reino Unido publicó una influyente serie de libros blancos sobre competitividad en los años 90 (Department of Trade and Industry, 1994, 1995, 1996, 1998), lo que condujo a la publicación de una serie anual sobre indicadores de competitividad a partir de 1999 (Department of Trade and Industry, 1999). La Comisión Europea también empezó a utilizar el término en los años 90 (Commission of the European Communities, 1994), y para 1999 se había establecido la publicación de un informe sobre la competitividad europea (Commission of the European Communities, 1999, 2007).

Desde la década de 1990 también ha habido una progresión desde la «competitividad nacional» hacia el análisis de la competitividad de los territorios subnacionales, en particular las regiones y ciudades (Porter, 1995; 2003). La aceleración de los procesos de globalización ha sido impulsada por un mayor énfasis en las regiones como las unidades económicas más efectivas (Ohmae, 1995; Storper, 1997; Scott, 1998), contribuyendo a una devolución de los poderes de formulación de políticas económicas del nivel nacional al subnacional (Rodríguez-Pose y Gill, 2015). Esto ha generado, a su vez, un fuerte interés desde la academia y también desde la práctica, en lo que es esencialmente un nuevo campo de análisis: la competitividad regional y la política de competitividad regional (Aranguren *et al.*, 2017).

Al abrirse este campo de análisis, se ha creado un espacio para que los geógrafos económicos y los economistas espaciales desarrollen nuevas herramientas teóricas y modelos aplicados que ayuden a comprender el éxito económico de las regiones (Huggins y Thompson, 2017; Larrea, 2018). Estos se han basado en una serie de conceptos que se centran en las relaciones económicas (y sociales) vinculadas territorialmente, incluidos los nuevos espacios industriales (Scott, 1988), los grupos (Porter, 1990), el entorno innovador (Camagni, 1995), las regiones de aprendizaje (Asheim, 1996), los sistemas de innovación regional (Cooke y Morgan, 1998), los sistemas de producción local (Crouch *et al.*, 2001), la variedad relacionada (Frenken *et al.*, 2007), la especialización inteligente (Foray, 2014) y los ecosistemas empresariales (Stam, 2015). En sus diferentes formas, todos han tratado de explicar la capacidad de los lugares para generar éxito económico mediante el fomento y la atracción de empresas productivas e innovadoras que puedan competir internacionalmente. Esto refleja una comprensión común de la competitividad territorial como la capacidad de los territorios para generar éxito económico en relación con otros.

En este sentido, la competitividad territorial no se entiende actualmente de forma muy distinta a como la entendían conceptos anteriores de gran influencia sobre la competitividad nacional, como la definición de la OCDE (1992, p. 237) («el grado en que una nación puede, en condiciones de libre comercio y de mercado justas, producir bienes y servicios que cumplen con la prueba de los mercados internacionales, al mismo tiempo que mantienen y aumentan el ingreso real de su ciudadanía a largo plazo») o Fagerberger (1996, p. 48) («una definición consensuada de competitividad internacional podría ser que refleja la capacidad de un país de asegurar un alto nivel de vida para sus ciudadanos, en relación con los ciudadanos de otros países, ahora y en el futuro»).

El foco en los lugares como espacios que pueden lograr un éxito económico relativo para sus ciudadanos sigue siendo la clave de lo que comúnmente se entiende por competitividad territorial. Sin embargo, ha experimentado dos cambios importantes. En primer lugar, con respecto a su escala de aplicación, que va de las naciones hasta los territorios subnacionales. En segundo lugar, con respecto a la aparición de un foco explícito en las condiciones microeconómicas y las relaciones socioeconómicas que permiten a los territorios lograr ese éxito económico relativo, como se refleja en toda la gama de herramientas, modelos y conceptos citados previamente. Por lo tanto, una característica clave de la que hoy se entiende por competitividad territorial es el vínculo fundamental con la competitividad empresarial: para lograr un éxito económico relativo, los territorios deben fomentar negocios innovadores y competitivos, que a su vez depende del entorno microeconómico proporcionado por sus territorios anfitriones para su competitividad.

3.4 El lenguaje de la competitividad

Si bien hoy en día existe un consenso de lo que significa la competitividad territorial, es importante no perder de vista el impacto más amplio que tiene el recientemente popularizado discurso sobre cómo nos relacionamos con los problemas del desarrollo económico y social. El lenguaje en sí mismo es poderoso e importante, y el rápido cambio en el discurso de desarrollo económico a competitividad territorial que se ha producido en los últimos treinta años no es neutral. Destaca el deseo de tener éxito en relación con otros y,

por lo tanto, evoca naturalmente una sensación de «ganadores» y «perdedores», haciendo hincapié en la rivalidad directa entre los territorios en los procesos de desarrollo económico (Malecki, 2004; Bristow, 2015). En este sentido, no es coincidencia que este cambio en el lenguaje haya ocurrido en paralelo con la aceleración de la globalización, en torno a la cual gira gran parte del discurso sobre las empresas y los territorios que ganan y pierden en una economía global hipercompetitiva (Friedman, 1999; Sugden y Wilson, 2005). Schoenberger (1998, p. 4) expresó las consecuencias que esto tiene de forma muy elocuente cuando argumentó que el término competitividad «no es simplemente una descripción “objetiva” de un hecho de la vida económica, sino parte de una estrategia basada en el discurso que **construye una comprensión particular de la realidad y provoca acciones y reacciones apropiadas para dicha comprensión**» (énfasis añadido).

Por lo tanto, debemos ser conscientes de los efectos que el lenguaje de la competitividad tiene en nuestra comprensión de cómo los territorios alcanzan sus objetivos socioeconómicos. Si bien los territorios compiten directamente con otros territorios en ciertos aspectos, como la atracción de inversiones o personas, por ejemplo, la dinámica de esa competencia es fundamentalmente diferente de la competencia entre empresas. Siguiendo a Krugman (1994, p. 31): «Cuando decimos que una corporación no es competitiva, queremos decir que su posición en el mercado es insostenible, que a menos que mejore su desempeño, dejará de existir. Los países, por otro lado, no cierran. Pueden estar contentos o descontentos con su desempeño económico, pero no tienen un resultado final bien definido».

No es solo la ausencia de un resultado final bien definido lo que hace que la dinámica competitiva sea diferente, sino, quizás aún más importante, el hecho de que los territorios están formados por una amplia gama de diferentes grupos de personas, empresas e instituciones, con diferentes necesidades e intereses. Por lo tanto, los territorios se caracterizan por tener un conjunto de objetivos mucho más complejo que las empresas, que en sí mismas forman solo una parte del panorama de competitividad territorial.

La competencia entre empresas se lleva a cabo con un objetivo bastante común: producir y vender para cumplir con sus resultados finales y proporcionar un retorno a los inversores o bien cumplir con un conjunto de objetivos que pueden estar relacionados con su fuerza de trabajo (cooperativas) o misión social (empresas sociales). En contraste, la dinámica competitiva de los territorios se desarrolla en el marco de la necesidad de equilibrar una amplia gama de intereses en la búsqueda de diferentes dimensiones de éxito, lo que hace que la dinámica ganar-perder de la competencia sea mucho menos relevante y mucho más difícil de juzgar. Por lo tanto, la aplicación del lenguaje de la competitividad a los territorios plantea desafíos importantes que requieren una cuidadosa consideración.

3.5 Visiones alternativas de la competitividad territorial

Reforzados por los sentimientos que evoca la palabra «competitividad», hemos visto que lo que comúnmente entendemos por competitividad territorial está impregnado de una lógica económica. Sin embargo, existen algunas visiones alternativas que plantean un desafío a dicha concepción y dotan de un significado más amplio a lo que podemos entender por un territorio competitivo. Dichas visiones se pueden clasificar en dos tipos que se describen a continuación.

El primer tipo de visión es ir más allá de un enfoque económico en términos de los resultados u objetivos que buscan los territorios y, por lo tanto, definir la competitividad como la capacidad de los territorios para generar otros tipos de éxito en relación con otros. Aiginger (2006), por ejemplo, sostiene que incluso aceptar que los territorios (a diferencia de las empresas) no dejan de existir si no son competitivos es útil para analizar y comparar qué tan bien pueden crear bienestar, una línea que él y otros han seguido para vincular los territorios competitivos con la capacidad de satisfacer objetivos que van más allá del PIB (Aiginger y Firgo, 2017). Este enfoque **cambia el tipo de éxito competitivo** que se busca, yendo más allá de una lógica puramente

económica. Enmarca la competitividad como la capacidad de un territorio para alcanzar con éxito objetivos más allá del PIB para sus ciudadanos, en relación con otros, y podría vincularse, por ejemplo, con el logro de los Objetivos de Desarrollo Sostenible de las Naciones Unidas.

El segundo tipo de enfoque requiere un cambio más fundamental al comprometerse con la efectividad relativa del proceso mismo a través del cual un territorio identifica y persigue sus objetivos. En particular, Branston *et al.* (2006, p. 309) proponen «una perspectiva que ve la competitividad en términos de los objetivos de desarrollo determinados democráticamente en una localidad específica. Entonces, ser competitivo es satisfacer esos objetivos de manera efectiva en comparación con otras localidades». Este tipo de enfoque es considerablemente más difícil de poner en práctica, ya que endogeniza los procesos democráticos y vincula el tipo de éxito competitivo que se busca con los procesos de decisión de objetivos. Como tal, enmarca la competitividad como la capacidad de un territorio para satisfacer sus propios objetivos democráticamente determinados de manera efectiva en comparación con otras localidades.

3.6 Competitividad y bienestar

Ambos enfoques alternativos para comprender la competitividad territorial ofrecen ideas útiles para conectar la competitividad territorial con el bienestar inclusivo y sostenible. En el capítulo 1, definimos bienestar inclusivo y sostenible como «el resultado de un proceso sistémico y dinámico por el que todas las personas que conforman una sociedad tengan cubiertas de forma integral sus necesidades humanas y puedan desarrollar plenamente su potencial como personas, construyendo colaborativamente entre todos los actores de su comunidad el futuro que desean para su territorio, de manera sostenible en el tiempo y solidaria con el resto de los habitantes del planeta». Si el bienestar se define, como tal, como resultado de un proceso dinámico y sistémico, entonces debemos considerar cómo el concepto de competitividad territorial se relaciona con ese proceso sistémico y dinámico.

Una posibilidad es **considerar la competitividad como todo el proceso**, que en cierto sentido combinaría los dos enfoques alternativos establecidos anteriormente. Así, los territorios serían competitivos cuando permitan de forma efectiva este proceso sistémico y dinámico de bienestar y sus resultados, en relación con otros territorios. Este sería un enfoque integral que considera que la competitividad se refleja en el desarrollo y el logro de la definición anterior de bienestar inclusivo y sostenible. Sin embargo, una trampa importante es que la competitividad se convierte en un concepto extremadamente amplio. Por ejemplo, significaría que casi cualquier tipo de política pública (desde las políticas económicas hasta las políticas de salud, sociales, ambientales, etc.) encajaría bajo el paraguas de «política de competitividad». Otra dificultad es que, correcta o incorrectamente, se aleja sustancialmente de la comprensión común de la competitividad dentro de una lógica económica, lo que abre importantes desafíos de comunicación en torno a lo que sería una interpretación radicalmente diferente de un concepto de uso común.

Una segunda posibilidad es **mantener el enfoque de competitividad en los aspectos económicos del proceso que construyen el bienestar inclusivo y sostenible**. Esto tomaría elementos de ambos enfoques alternativos establecidos anteriormente, pero se centraría en la relación entre los procesos económicos y el desempeño y el proceso más amplio y los resultados que definen el bienestar inclusivo y sostenible. Los territorios competitivos serían aquellos cuyos actores y procedimientos económicos contribuyan efectivamente a esta creación de bienestar y sus resultados, como siempre en relación con otros territorios. Si bien esto facilitaría la definición clara de «políticas de competitividad» como aquellas políticas que impactan en los actores y procesos económicos, iría más allá del entendimiento común al interpretar el éxito de esas políticas en términos de cómo esos actores y procesos económicos contribuyen al logro de un bienestar inclusivo y sostenible.

Referencias bibliográficas

- Aiginger, K. (2006). Competitiveness: From a Dangerous Obsession to a Welfare Creating Ability with Positive Externalities. *Journal of Industry, Competition and Trade*, 6(2), 161-177.
- Aiginger, K. y Firgo, M. (2017). Regional competitiveness: connecting an old concept with new goals. En R. Huggins y P. Thompson (eds.) *Handbook of Regions and Competitiveness*. Cheltenham: Edward Elgar.
- Aranguren, M. J., Magro, E. y Wilson, J. R. (2017). Regional competitiveness policy in an era of smart specialisation policies. En R. Huggins and P. Thompson (eds.) *Handbook of Regions and Competitiveness*. Cheltenham: Edward Elgar.
- Asheim, B. (1996). Industrial districts as «learning regions»: A condition for prosperity. *European Planning Studies*, 4, 379-400.
- Branston, J. R., Rubini, L., Sugden, R. y Wilson, J. R. (2006). The Healthy Development of Economies: A Strategic Framework for Competitiveness in the Health Industry. *Review of Social Economy*, 64(3), 301-329.
- Bristow, G. (2005). Everyone's a «Winner»: Problematising the Discourse of Regional Competitiveness. *Journal of Economic Geography*, 5(3), 285-304.
- Camagni, R. (1995). The concept of *innovative milieu* and its relevance for public policies in European lagging regions. *Papers in Regional Science*, 74(4), 317-340.
- Commission of the European Communities (1994). *Growth, Competitiveness and Employment: The Challenges and Ways Forward into the 21st Century. White Paper*. Brussels: CEC.
- Commission of the European Communities (1999). *The Competitiveness of European Industry: 1999 Report*. Luxembourg: Office for the Official Publications of the European Communities.
- Commission of the European Communities (2007). *European Competitiveness Report 2007*. Luxembourg: Office for the Official Publications of the European Communities.
- Cooke, P. y Morgan, K. (1998). *The Associational Economy. Firms, Regions, and Innovation*. Oxford: Oxford University Press.
- Crouch, C., Galés, P. L., Trigilia, C. y Voelzkow, H. (2001). *Local Production Systems in Europe: Rise or Demise?* Oxford: Oxford University Press.
- Department of Trade and Industry (1994). *Competitiveness: Helping Business to Win. White Paper*. Cm 2563. London: HMSO.
- Department of Trade and Industry (1995). *Competitiveness: Forging Ahead. White Paper*. Cm 2869, London: HMSO.
- Department of Trade and Industry (1996). *Competitiveness: Creating the Enterprise Centre of Europe. White Paper*. Cm 3300, London: HMSO.
- Department of Trade and Industry (1998). *Our Competitive Future: Building the Knowledge Driven Economy. White Paper*. Cm 4176, London: HMSO.
- Department of Trade and Industry (1999). *Our Competitive Future: UK Competitiveness Indicators 1999*. London: DTI.
- Dosi, G. y Soete, L. (1988). Technical Change and International Trade. En G. Dosi, C. Freeman, R. Nelson, G. Silverberg y L. Soete (eds.). *Technical Change and Economic Theory*. London: Pinter Publishers.

- Dosi, G., Pavitt, K. y Soete, L. (1990). *The Economics of Technical Change and International Trade*. London: Harvester Wheatsheaf.
- Fagerberg, J. (1988). International Competitiveness. *The Economic Journal*, 98(391), 355-374.
- Fagerberg, J. (1996). Technology and Competitiveness. *Oxford Review of Economic Policy*, 12(3), 39-51.
- Frenken, K., Van Oort, F. y Verburg, T. (2007). Related variety, unrelated variety and regional economic growth. *Regional Studies*, 41(5), 685-697.
- Friedman, T. (1999). *The Lexus and the Olive Tree: Understanding Globalization*. New York: Farrar, Strauss and Giroux.
- Foray, D. (2014). *Smart Specialisation: Opportunities and Challenges for Regional Innovation Policy*. Oxford: Routledge.
- Godin, B. (2004). The Obsession for Competitiveness and its Impact on Statistics: The Construction of High-Technology Indicators. *Research Policy*, 33(8), 1217-1229.
- Huggins, R. e Izushi, H. (2015). The Competitive Advantage of Nations: Origins and journey. *Competitiveness Review*, 25(5), 458-70.
- Huggins, R. y Thompson, P. (2017). Introducing regional competitiveness and development: contemporary theories and perspectives. En R. Huggins and P. Thompson (eds.). *Handbook of Regions and Competitiveness*. Cheltenham: Edward Elgar.
- Junz, H. B. y Rhomberg, R. R. (1973). Price Competitiveness in Export Trade among Industrial Countries. *American Economic Review*, 63(2), 412-418.
- Kaldor, N. (1978). The Effect of Devaluations of Trade on Manufactures. En N. Kaldor, *Further Essays on Applied Economics*. London: Duckworth.
- Kellman, M. (1983). Relative Prices and International Competitiveness: An Empirical Investigation. *Empirical Economics*, 8, 125-138.
- Ketels, C. H. M. (2006). Michael Porter's Competitiveness Framework-Recent Learnings and New Research Priorities. *Journal of Industry, Competition and Trade*, 6(2), 115-136.
- Kravis, I. B. y Lipsey, R. E. (1971). *Price Competitiveness in World Trade*. New York: Columbia University Press for the National Bureau of Economic Research.
- Krugman, P. (1994). Competitiveness: A Dangerous Obsession. *Foreign Affairs*, 73(2), 28-44.
- Larrea, J. L. (2018). *Desafíos a la competitividad desde el bienestar y la cohesión social*. Cuadernos Orkestra 2018/35.
- Malecki, E. J. (2004). Jockeying for Position: What it Means and Why it Matters to Regional Development Policy when Places Compete. *Regional Studies*, 38(9), 1101-1120.
- OECD (1992). *Technology and the Economy: The Key Relationships*. Paris: OECD.
- Ohmae, K. (1995). *The End of the Nation State: The Rise of Regional Economies*. London: HarperCollins.
- Oughton, C. (1997). Competitiveness Policy in the 1990s. *The Economic Journal*, 107(444), 1498-1503.
- Porter, M. E. (1990). *The Competitive Advantage of Nations*. London: The MacMillan Press.
- Porter, M. E. (1995). The Competitive Advantage of the Inner City. *Harvard Business Review*, 73(3), 55-71.

- Porter, M. E. (2003). The Economic Performance of Regions. *Regional Studies*, 37(6/7), 549-578.
- Rodríguez-Pose, A. y Gill, N. (2003). The global trend towards devolution and its implications', *Environment and Planning C: Government and Policy*, 21(3), 333-51.
- Schoenberger, E. (1998). Discourse and Practice in Human Geography. *Progress in Human Geography*, 22(1), 1-14.
- Scott A. J. (1988a). Flexible production systems and regional development: The rise of new industrial spaces in North America and Western Europe. *International Journal of Urban and Regional Research*, 12(2), 171-186.
- Scott, A. J. (1998b). *Regions and the World Economy: The Coming Shape of Global Production, Competition and Political Order*. Oxford: Oxford University Press.
- Stam, E. (2015). Entrepreneurial ecosystems and regional policy: A sympathetic critique. *European Planning Studies*, 23(9), 1759-1769.
- Storper, M. (1997). *The Regional World: Territorial Development in a Global Economy*. London: Guildford Press.
- Sudgen, R. y Wilson, J. R. (2005). Economic Globalisation: Dialectics, Conceptualisation and Choice. *Contributions to Political Economy*, 24(1), 13-32.